



OBISPO DE CARTAGENA

Martes Santo

MISA CRISMAL

Diócesis de Cartagena. 2024

Querido D. Francisco, arzobispo emérito de Burgos.

Hermanos sacerdotes, religiosos y religiosas.

Os saludo a todos vosotros seminaristas.

Mi gratitud a los laicos que trabajáis en esta Iglesia por amor a Jesucristo.

Agradecemos a TRECE TV y POPULAR TV el servicio de acercar a los mayores y enfermos esta Eucaristía, la Misa Crismal.

La paz con todos vosotros.

Dentro de las celebraciones litúrgicas de la Semana Santa, celebramos hoy la Misa Crismal, que concelebra el obispo con su presbiterio, y en ella el obispo consagra el Santo Crisma y bendice los otros oleos: el de catecúmenos y el de enfermos. Pero, además, esta Eucaristía es como una manifestación de la cercanía y comunión del presbiterio con su propio obispo. Todos los sacerdotes renuevan sus promesas y compromisos sacerdotales. En este día tan significativo no podemos olvidar todo lo que el Señor ha hecho con nosotros, cómo nos ha ayudado en las situaciones dolorosas por las que hemos pasado, en la muerte de nuestros hermanos sacerdotes: Juan Sánchez Pérez, José Luis García Hernández, Juan Cortés Férez, Juan Benito Vicente Cantero, Antonio González Soto, José Vivancos Gallego, Emilio Riquelme Sánchez, Miguel Ángel Cárceles Cárceles, Juan Fernández Marín, Francisco Aroca Gómez y en estos días Luis Alonso Martín; también en la de nuestros familiares y amigos. En medio de los dolores y sufrimientos, ¡alabado sea siempre el Señor! Alabado por los sacerdotes que se han incorporado al ministerio este año: Carlos Fabian Cabezas, Felipe Ferreres, Andrés Caballero y Antonio José Gil.

Toda la ceremonia nos está hablando de la presencia de Dios en medio de nosotros y en nuestra vida, a la vez que pone en el centro de nuestra atención la figura del sacerdote, desde cuando lo llamó el Señor, hasta resaltar su tarea siempre al servicio del Pueblo de Dios. Naturalmente, que aprovecho esta ocasión para pedir os que recéis mucho para que los jóvenes puedan oír la voz de Dios, porque el Señor sigue llamando a muchos a seguir los pasos de Jesús y esto es apasionante. ¿Rezáis por las vocaciones sacerdotales? Pensad que es Dios el que llama a la puerta de un joven y uno tiene que levantarse y abrirle para ponerse en camino, pisar tierra y mancharse los pies en la tarea que el Señor le encomiende.

La infinita misericordia y la gracia de Dios son las que llaman al hombre y le capacitan para que pueda abrazar la misión sacerdotal y esto es un regalo de Dios, es un don, aunque uno se sienta con indignidad para convertirse en ministro del altar, pero siempre

encuentras el descanso por tu indignidad en la Palabra de Dios leída en la Iglesia, ya que te muestra siempre cual es la voluntad de Dios por encima de tus sentimientos y deseos. Esta es la explicación: escuchando la Palabra te das cuenta de que Dios te llama a desempeñar un servicio pastoral a favor de la Iglesia y a dejar de lado tus propios proyectos de vida.

Ser sacerdote no es otra cosa que una configuración íntima con Cristo para ser un dispensador de la Palabra de Dios y de sus sacramentos. Como esto es muy grande hay que recibirlo con humildad, porque se recibe para beneficio del Pueblo de Dios, no para beneficio propio. Dios te ha concedido este don para dar fruto, ponerte al servicio de los hermanos y de la comunidad de los creyentes. Quien ha recibido el don del sacerdocio, debe ponderar que es solo un administrador y no dueño de lo que ha recibido. Así pues, lo que nos pide el Señor es sabiduría y celo al servicio de los hermanos, ya que el sacerdote sabe que nada es suyo, que todo lo ha recibido de Dios. Lo único que puede considerar suyo un sacerdote son sus pecados.

Verdaderamente, nosotros tenemos claro que es necesario configurarnos con Cristo y contemplar a Cristo, aprender de él, que esto es fundamental si queremos ser fieles a este regalo que hemos recibido. En el ejercicio del ministerio tenemos que aprender y nos debemos aplicar la lección que el Señor nos ha enseñado: «**Ser mansos y humildes de corazón**» (Mt 11, 29). Esto es siempre urgente; seguir el camino sencillo y humilde de la Cruz de Cristo (Cf. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 103) y de la Iglesia, procurando no romper su unidad y buscando la paz. Como sacerdotes, no deseamos el éxito, ni la espectacularidad, sino solamente anunciar, desde lo que somos y desde la sencillez de la vida diaria, el mensaje del Maestro y aprender de él la mansedumbre y la humildad.

¿Sabéis que es lo más hermoso de la vida de un sacerdote? Que sabe convertir su vida ordinaria, la de todos los días, en un acontecimiento extraordinario, por la presencia de Dios en ella. ¡Cuántas razones tenemos para dar gracias! El sacerdote está cerca de Dios cuando celebra y cuando sirve, en el altar y en la calle; nuestra vida es sencilla, no aspiramos a grandezas, como dice el Evangelio: «Sino que acallamos y moderamos nuestros deseos como un niño en brazos de su madre» (Mt 11, 29). La dirección de la mirada de un sacerdote es siempre contemplar a Cristo, porque es la única vía de hacer desaparecer del corazón las raíces del egoísmo y de la soberbia, que si te descuidas esos males aparecen en el interior y te destruyen por dentro. El egoísmo y la soberbia te llevan a pensar que tú eres Dios y borran de tu memoria algo importante, **que todo es un don y un regalo de Dios**. Al final, lo que verdaderamente importa es que eres feliz al decirle al Señor que cuente contigo, eres feliz cuando escuchas a las personas que necesitan una palabra de aliento, que necesitan sentirse perdonadas y ¡nosotros somos los ministros de la misericordia! Estando con Cristo tenemos la seguridad de que no nos hemos equivocado, que al final triunfa la verdad y no las apariencias y la hipocresía.

Queridos hermanos sacerdotes, en este Año Jubilar de Caravaca de la Cruz estamos teniendo la oportunidad de agarrarnos muy fuerte a la Cruz de Cristo, porque de esta manera nos da la fortaleza interior para afrontar las dificultades cuando aparezcan las tribulaciones. En la espiritualidad cristiana sabemos que en medio de las adversidades es cuando más se debe uno agarrar a la Cruz, porque la fortaleza nos viene de Cristo. Como Cristo es nuestra seguridad y fortaleza, os ruego que nos unamos en la misma plegaria para acudir con confianza a nuestro Señor, porque ya sabéis, que nos está costando atender todas las realidades pastorales de nuestra Diócesis, por la falta de sacerdotes. Te pedimos,

Señor, que salgas al encuentro de los jóvenes y promuevas nuevas vocaciones sacerdotales; les ayudaremos en el día a día y les acompañaremos para que puedan sentir en su corazón la felicidad de haberte dicho que sí. Tan necesario como el agua para nuestra tierra son las vocaciones sacerdotales, por eso os ruego que nos unamos en la oración para pedírselo al Señor y que a nadie le falten los auxilios espirituales, la predicación de la Palabra y los sacramentos.

Aprovecho esta Misa Crismal, cuando renovaremos las promesas sacerdotales, para daros las gracias a todos los sacerdotes diocesanos por vuestra generosa entrega al Señor todos los días; porque sois mi familia y porque nunca os habéis apartado a la hora de aceptar las responsabilidades pastorales; os doy las gracias porque soy consciente de que muchos vais sobrecargados y no os habéis echado atrás. Que Dios os lo pague a todos.

Juntos cumpliremos la tarea que nos ha encomendado el Señor y la Iglesia, que no os canséis nunca de reafirmaros en la vocación recibida. Nos mantenemos siempre unidos a nuestro Señor y en comunión con el Santo Padre, el Papa Francisco, por quien rezamos siempre «a favor», como nos pide él. Que el Buen Pastor, os cuide y os proteja, que sea bueno con vosotros y os conceda la paz y la salud del alma y del cuerpo. Mi oración no puede terminar sin levantar mis ojos a la Santísima Virgen María, a la Reina de los Corazones, y encomendaros a cada uno de vosotros. Que así sea.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena